

estaciones; mas al norte se presenta durante los meses de invierno, y llega entonces hasta la isla de Safadja.

Las facultades intelectuales del dugong parecen guardar perfecta armonía con su pesadez y corpulencia; sus sentidos están poco desarrollados; y solo Klunzinger le concede inteligencia; la voz se reduce á una especie de suspiros y gemidos sordos; dicese que los pequeños dejan oír gritos mas penetrantes. Hasta la época del celo no se manifiesta vivacidad alguna en estos séres estúpidos.

Dicese que precisamente en esta época los cazadores pueden apoderarse mejor de ellos, porque en sus luchas se olvidan de todo cuanto pasa á su alrededor.

Segun parece estos animales se prestan mutuamente auxilio en caso de peligro: se ha visto al macho seguir á su hembra herida y tratar de arrebatarla á los marineros con sus vigorosos coletazos. Si muere uno de los dos durante la ausencia del otro, vuelve el que sobrevive á los sitios donde se hallaba su compañero, los recorre en todos sentidos y, no los abandona hasta que pierde toda esperanza de encontrarle.

Los pescadores facilitaron á Klunzinger los siguientes datos sobre la reproducción. El período del celo se declara en invierno y en la misma estación se efectua el parto, siendo la gestacion por consiguiente casi de un año. El macho se apareja con la hembra tres veces seguidas, con intervalos de media hora. Durante el parto la hembra vuelve el vientre hácia la superficie del agua y solo despues de dos dias se sumerge con su progeñe en la profundidad del mar. El hijuelo mide al nacer por lo menos dos veces y media la longitud de un brazo y mama todo un año, oprimiéndose contra el pecho de la madre. Mas tarde sube á veces á las espaldas de la hembra para descansar. Esta última demuestra el mayor cariño á su hijuelo, no le abandona nunca y defiéndele hasta la muerte. Al cabo de un año la madre desteta á su pequeño y empieza la vida libre. Klunzinger no ha podido comprobar la exactitud de estas noticias.

CAZA.—Varios pescadores cazan el dugong durante el período del celo y el del parto; pues el precio que se paga por ellos es bastante considerable. A pesar de esto no es fácil para el naturalista obtener individuos de la especie. Pocos pescadores tienen la experiencia y habilidad necesarias para apoderarse de este animal tan poderoso como pesado; los mas no lo intentan siquiera. Durante el día, solo por casualidad se encuentra al dugong; pero de noche indicase su presencia por el brillo de las olas agitadas al sumergirse repetidas veces el animal. Por lo regular se ven tres puntos brillantes en la superficie, que sin duda corresponden á los círculos formados por la cabeza, el centro del lomo y la aleta caudal del halicórido. Estos círculos sirven para orientar al pescador. «Al salir para el mar Rojo, refiere Klunzinger, encargáronme varias personas que enviara dugongs; pero ninguno de los indígenas conocia el animal; solo cuando les presenté al fin un mal grabado reconocieron en el su *djilid*; pero dijeron que era muy raro. Los pedidos que se me hicieron de Europa repetíanse de continuo con mas instancia y así es que me vi obligado á ofrecer una recompensa por cabeza de dugong. Poco despues me visitó un beduino y prometió traerme un *djilid*. Pasaron varios meses y en invierno llegó al fin una barca que llevaba por única carga un individuo de esta especie de 3 metros de longitud, recién muerto é intacto. Al sacarle de la barca acudió una multitud de indígenas y varios hombres se encargaron de llevarlo á mi casa en una especie de angarillas, como un saco de trigo. Al pasar por delante de la oficina del gobierno para pagar los derechos de aduana, los empleados miraron con asombro aquel raro objeto. En el patio de mi casa se desolló

el animal á puerta cerrada, despues de rechazar á la multitud. Pocos dias despues llegó un segundo dugong, mas tarde un tercero, un cuarto y algunos otros, tanto por tierra como por mar, intactos ó desollados por los beduinos; y en un solo dia tuve nada menos que cuatro pieles extendidas en mi patio. Los beduinos excitados por el buen precio que yo ofrecia, dejaban todos sus negocios para coger dugongs; y hasta olvidaron cortar la madera del *shora*, su ocupacion principal durante aquella estacion; de modo que los habitantes se quejaron seriamente á causa de la falta de leña.

» Los dugongs se cogen con redes fuertes. Cuando entran de noche en los golfos formados por las rocas de coral, para buscar su alimento, los beduinos cierran la red tendida al efecto; pero se necesita la mayor prudencia, porque estos halicóridos son muy tímidos y astutos, tanto que pocos pescadores saben apoderarse de ellos. Cuando uno de estos monstruos se ve cautivo, descarga furiosos golpes á diestro y siniestro y enrédase mas y mas en la red. Una vez cogido se le arrastra á la orilla, donde se le mata á palos, ó con mas frecuencia se le ahoga en el agua. En la parte meridional del mar Rojo los pescadores se apoderan del dugong del mismo modo que lo hacen los malayos, es decir por medio del arpon. Tambien se prefiere la noche para esta caceria, porque entonces se oye mejor el bufido del animal.

» Los arpones que usan los cazadores del mar Rojo se parecen á los que se emplean en el Sudán para cazar el hipopótamo. Raffles dice que se procura siempre herir al dugong en la cola, porque de este modo se paraliza toda su fuerza. Por pesado que parezca el animal, en todos sus movimientos se observa una energía y vivacidad increíbles, cuando le hiere el hierro del arpon. Un negociante alemán de Masaua me contó que un dugong, al que clavó el arpon un marinero, arrastró la chalupa por espacio de media hora y puso á la tripulacion en grave riesgo al introducirse entre unos arrecifes de coral muy peligrosos. Cuando ocurren semejantes casos, arrojan los pescadores al dugong varios arpones para debilitarle por la pérdida de sangre.»

USOS Y PRODUCTOS.—Los malayos y abisinios comen la carne del dugong; pero los segundos no la tienen por muy buena y por eso suelen salarla y cocerla mucho tiempo antes de comerla; si no se hiciera así produciria indigestiones y hasta enfermedades. La carne de los individuos jóvenes se aprecia mucho mas, porque es magra y muy tierna. A los europeos les repugna esta carne á causa de su sabor dulce y desagradable, y los árabes no la comen tampoco en todas partes, porque dudan á veces que este animal sea un pez. Klunzinger nos refiere sobre este asunto lo siguiente: «Querria vender la carne y se suscitó la cuestion de si estaba permitido comerla segun las leyes del Corán, pues surgieron varios escrúpulos sobre si el animal era de la especie de los cerdos, ó por lo menos un cadáver ahogado, es decir, no muerto por un corte transversal en la garganta bajo la invocacion del nombre de Dios, segun lo manda la ley. No obstante, un sabio del pueblo, á quien yo habia regalado un buen pedazo de esta carne, declaró que el *djilid* era un pescado como toda otra cosa que sale del mar; que de consiguiente no era necesario matarle como á un mamífero terrestre; y que por lo mismo podia comerse tal cual era. En seguida se vendió la carne al por mayor á varios traficantes, los cuales la despacharon al poco tiempo á la menuda con pingüe ganancia; á los indígenas les agradaba bastante en general. Tambien yo estoy conforme con esto: un beduino pobre cortó cuidadosamente toda la carne del esqueleto y obtuvo así una buena provision para si y su familia, tal como nunca la habia tenido.» Los cristianos indígenas tienen á veces los mismos escrúpulos que los mahometanos, ó al me-

nos no quèrian comer la carne de los dugongs cogidos por Klunzinger, rehusando hasta probarla. Los que no tienen preocupaciones aprecian mas la grasa de este halicórido de la cual se recoge en cada individuo adulto hasta 30 kilogramos.»

En las costas de Abisinia, al decir de Ruppell, se usa la piel de este animal sin curtir; no hacen mas que secarla al aire, y luego sirve para fabricar sandalias: con la humedad se hincha, y por eso no se puede utilizarla sino en los parajes secos: cuando está mojada es blanda y esponjosa.

En otro tiempo eran mas buscados los dientes que la carne y la piel: empleábanse para hacer amuletos, á los cuales se atribuian sorprendentes virtudes; la mujer embarazada que se ponía uno al cuello estaba segura de tener un alumbramiento feliz; pero en el dia está desterrada semejante creencia, y por lo tanto ha disminuido mucho el precio de estos dientes, muy caros en otra época.

LOS MANATÍS—MANATI

CARACTÈRES.—Los manatís propiamente dichos tienen la aleta caudal perpendicular, redondeada y sin escotadura; los demás caracteres son los propios del dugong. Su cuerpo pisciforme está cubierto de escasos pelos, excepto sobre el hocico, donde existen cerdas gruesas: el labio superior es truncado y muy movable; las aletas pectorales redondeadas, y provistas á veces de uñas planas. Parece que solo tienen seis vértebras cervicales, de quince á diez y siete dorsales y veintitres caudales. Unicamente los individuos jóvenes tienen incisivos que caen pronto; los de mucha edad no poseen sino molares, que se desgastan y caen como en el elefante, siendo reemplazados por nuevos dientes posteriores; de modo que llegan á reunir hasta diez ó doce.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este género comprende especies bien conocidas, que habitan el Océano Atlántico, entre el 19° latitud sur y el 25° norte.

EL MANATÍ AUSTRAL—MANATUS AUSTRALIS

CARACTÈRES.—El manatí austral, el *pez buey* de los brasileños, el *apia* de los indios (fig. 312), es la especie mejor conocida. Tiene unos 3 metros de largo, y pesa de 200 á 300 kilogramos. Los americanos dicen haber visto algunos de 5 á 6 metros de longitud. La piel está casi del todo desnuda, solo adornada de algunas sedas cortas y cerdosas, separadas por huecos de unos 0",02; tiene el color gris azulado, bastante uniforme, con el lomo y los costados un poco mas oscuros que el vientre; los pelos cerdosos son amarillentos.

Al inmortal Humboldt se deben los primeros datos precisos acerca de este animal, pues disejó uno en Carrichana, mision de las márgenes del Orinoco. Tenia aquel manatí cerca de tres metros de largo; el labio superior muy saliente, y cubierto de una piel bastante delgada, haciendo las veces de trompa, de la que se vale como órgano táctil. La cavidad bucal, que en los individuos recién muertos tiene una temperatura excepcionalmente elevada, ofrece una estructura particular. La lengua apenas es movable; por delante de ella existe en cada mandíbula una protuberancia carnosa y una cavidad tapizada por una membrana muy dura; las protuberancias se corresponden entre si.

Los pulmones de estos animales son notables por su estructura y dimensiones; tienen un metro de largo; se componen de celdas muy grandes, asemejándose á una enorme vejiga natatoria, capaz de contener una gran cantidad de aire;

el estómago está tabicado; el intestino mide mas de 30 metros de largo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La América del sur y la central son la verdadera patria de estos animales.

Habitan principalmente las costas del Océano Atlántico, y sobre todo las bahías de los alrededores de las Antillas y de Cayena.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Humboldt ha observado que los manatís viven de preferencia en el mar, y donde hay corrientes de agua dulce, como por ejemplo, á corta distancia de la isla de Cuba, al sur del golfo de Jagua, en el punto donde aquellas son tan abundantes, que los marinos hacen su provision de agua. A menudo remontan á larga distancia en el curso de los rios, llegando en la época de las inundaciones hasta los lagos y pantanos del interior.

Los manatís se encuentran hoy mas abundantes en el rio de las Amazonas, en el Orinoco y en sus afluentes. «Por la tarde, dice Humboldt, llegamos á la embocadura del Caño del Manatí, llamado así á causa del gran número de los que se cogen allí todos los años: aquellas aguas están siempre cubiertas de sus excrementos. Estos animales son muy comunes en el Orinoco, por debajo de las cataratas, en el Meta y el Apure.»

El manatí austral tiene las mismas costumbres que el dugong, poco mas ó menos. Algunos viajeros han dicho que salía á veces del agua para pacer en tierra; pero ya en el siglo último se demostró la inexactitud del aserto, pues es sabido que solo come las plantas acuáticas, con las que tiene bastante; tan rica es la vegetacion de todos los rios de la América del sur. Come hasta llenar completamente el estómago y los intestinos, y cuando está harto, se echa en un sitio poco profundo, con el hocico fuera del agua, para no verse obligado á subir continuamente á la superficie, sumergiéndose de nuevo. En los otros momentos no sale del agua mas que para respirar, lo cual necesita hacer con mucha frecuencia, por grandes que sean sus depósitos aéreos: por esto prefiere los parajes poco profundos de los rios.

No se sabe aun cuál es el período del celo, ni se ha reconocido tampoco á punto fijo cuántos hijuelos da la hembra en cada parto. Algunos dicen que dos y otros que uno solo; pero todos hablan del profundo cariño que profesa la madre á su progeñe.

CAZA.—En todas partes de su área de dispersion se caza el manatí con aficion. Es muy sencillo apoderarse de estos animales: acércase la barca al sitio donde están, y cuando aparece uno de ellos á la superficie para respirar, se le dispara una flecha, á la que va sujeta una cuerda y un pedazo de madera: este flota y sirve para indicar con seguridad el sitio donde se halla la presa. Tambien se usa el arpon, arrastrando despues al animal hasta la embarcacion para rematarle.

Esto se hace á menudo en medio del rio llenando el barco en sus dos terceras partes de agua, empujándole por debajo del manatí y vaciándole despues por medio de una calabaza.

La época mas favorable para esta caceria es cuando terminan las grandes inundaciones, pues los manatís suelen quedarse en los lagos y pantanos al retirarse las aguas.

CAUTIVIDAD.—Segun los relatos de dos autores antiguos, el manatí puede domesticarse. Martyr, viajero que murió á principios del siglo XVI, refiere que un cacique de la isla de Santo Domingo mandó poner en un lago, y alimentar diariamente con pan de maíz, un pescado joven, que tenia por nombre *manato* y habia sido cogido en el mar. «Estaba tan domesticado, que acudia siempre cuando le llamaban; comia el pan en la mano, dejábase acariciar, y hasta llevaba en sus espaldas á una persona, conduciéndola á la orilla opuesta ó á donde se le antojaba. Cierto dia sobrevino una

fuerte tempestad y cayó al lago un gran caudal de agua de las montañas; desbordóse aquel, y el manato volvió al mar, donde ya no se le vió jamás.»

Gomara, cuyo relato se refiere seguramente al mismo hecho, añade que el animal vivió veintiseis años en el lago Guaynabo, y llegó á tener la talla de un delfín. Acudia presuroso cuando le llamaban por su nombre, *Mato*; salía del agua, arrastrábase por tierra hasta la casa para recibir su alimento, y volvía despues á su lago, seguido de los muchachos, cuyos cantos le seducían.

Una vez llevó á diez chicos sobre el lomo y los trasladó á la otra orilla sin sumergirlos. Cierta día quiso un español reconocer si su piel era tan dura como decían, y habiéndole llamado le disparó una flecha; desde aquel día, aun cuando no recibió herida alguna, el animal no se acercó mas cuando le llamaban personas que vestían el traje europeo. No cabe duda que el *pez domesticado* fuese un manato, á juzgar por la descripción que se hizo.

Noticias recientes de varios observadores confirman la probabilidad de los hechos citados. Cierta señor Kappler, propietario de la plantación de Albina en Surinam, se ocupaba hace varios años en la domesticación de un manatí pequeño, y escribió al baron de Rosenberg, á quien debo esta noticia, lo siguiente: «Tan luego como recibí el animal mandé cercar unos 100 metros de la superficie de un pequeño río y puse allí al cautivo. Este se negó al principio á tomar alimento y era preciso introducirle la leche por fuerza en la boca. Cuando había bebido bastante, movía la cabeza y despues le poníamos pedazos de plátano maduro en la boca. Dos veces al día, es decir, á las cinco de la mañana y á la misma hora de la tarde, bebía medio litro de leche, comiéndose luego seis ú ocho plátanos pequeños. Necesitábase á menudo tres cuartos de hora para darle su ración, porque muchas veces se alejaba para retozar durante algunos minutos en el agua y volvía solo para marcharse de nuevo. Al fin se familiarizó mucho; pero mostraba poca inteligencia, y su vista y oído tenían poco desarrollo. Cuando me presentaba en su estanque ó me introducía en el agua, acercábase en seguida y olfateábame las piernas; si me sentaba, colocábase sobre mis rodillas. Desgraciadamente murió á los 17 meses de cautividad á bordo del vapor destinado á conducirlo á Inglaterra.» En 1864, el cónsul austriaco de Puerto Rico, Latimer, tenía una pareja de manatíes vivos en un cajón grande é impermeable, provisto en sus lados de algunas cavidades; también él los envió mas tarde á Inglaterra, pero sufrieron la misma suerte que los de Kappler. El doctor Cunningham, en fin, nos refiere que desde el año 1867 existen dos manatíes cautivos en un estanque del jardín público de Rio Janeiro, y que están en compañía de varios jacarés ó caimanes, con varias aves acuáticas. Estos dos individuos median en 1870 1^m,50 de largo, y hallábase al parecer muy satisfechos en su estrecha morada. El uno mostraba preferencia á un cisne cautivo, el cual á su vez se había acostumbrado también á su grotesco compañero, y seguía tan fielmente, que los visitantes al jardín sabían siempre dónde buscar al sirenio. Este manatí se había amansado poco á poco, de tal manera, que acudia muchas veces cuando se echaba yerba en la superficie del agua; alargaba los labios y cogía el alimento de manos de la gente. Cunningham le vió también repetidas veces pacer la yerba á la orilla del estanque; para esto levantaba la cabeza y la parte anterior del tronco sobre el agua, apoyábase con una de sus aletas sobre una piedra ó en la orilla, y avanzaba poco á poco para comer la yerba. Segun refieren los periódicos ha llegado últimamente un manatí vivo á Inglaterra.

USOS Y PRODUCTOS.—Utilizábase muchas partes del

manatí; créese que su carne es malsana y produce fiebre; pero tiene buen gusto: segun Humboldt, se parece mas á la de cerdo que á la de buey: salada y secada al sol, se conserva todo el año.

Se come durante la cuaresma y los días de ayuno, como si fuera pescado. Gonzalo de Oviedo elogiaba ya esta carne, y dice que en 1531 la importó en España para ofrecerla á la emperatriz. «Pareció tan buena á todos, añade, que creían comer carne de Inglaterra.»

Los guamos y los otomakos no conocen bocado mejor que la carne del manatí; así es que se dedican exclusivamente á la caza de este animal. Los paraos, en cambio, aborrecen este manjar, hasta el punto de que, habiendo matado uno Bonpland, ocultáronse para no verse obligados á sacarle; creen que todo el que come esta carne muere infaliblemente.

Cuando los jesuitas estaban al frente de las misiones de la corriente inferior del Orinoco, reuníanse todos los años en el Apure con los indios de sus parroquias para dar caza á los manatos.

La grasa de estos animales servía para alimentar las lámparas de las iglesias y preparar los guisos. No tiene el desagradable olor del aceite de ballena, ni de la grasa de los otros mamíferos marinos sopladores.

La piel tiene 0^m,04 de espesor; se corta en tiras que sirven de correas; pero se deteriora en el agua.

En las colonias españolas se hacen con la piel látigos para castigar á los infelices esclavos ó á los indios de las misiones; estos últimos, aunque libres segun la ley, son esclavos en realidad.

LOS RITINÍDEOS—RHYTINÆ

CARACTÉRES.—Los ritinídeos difieren de los manatíes en que carecen por completo de dientes, al menos los adultos, en los cuales estos órganos están reemplazados por una placa córnea en el paladar, correspondiente á otra análoga en la mandíbula inferior.

EL RITINO DE STELLER—RHYTINA STELLERI

«En toda la costa, y particularmente en la embocadura de los ríos, se ven, dice Steller, manadas muy numerosas de vacas marinas, ó *morskaja-korova*, como las llaman los rusos. Como las focas aterradas habían abandonado la costa, comenzábase á padecer por la falta de alimento, lo cual nos obligó á dar caza á dichos animales con el fin de tener un recurso para atender á nuestra manutención. El 21 de mayo hice la primera tentativa, procurando sacar á tierra uno de aquellos grandes animales marinos, por medio de un enorme y fuerte gancho de hierro, al que había sujetado una gruesa y larga cuerda, pero todo fué inútil, porque la piel era muy dura y el gancho en extremo acerado. Lo cambié varias veces, mas nunca conseguí el objeto; los animales huían al mar llevándose el gancho y la cuerda, hasta el punto de obligarnos la necesidad á valernos del arpon. A fines de julio se compuso la canoa, que se había averiado mucho entre las rocas; fué montada por un piloto, cuatro remeros y un arponero, que llevaba en la mano un largo arpon atado á una cuerda, como para la pesca de la ballena; cuarenta hombres situáronse en la orilla para sujetar el extremo de la maroma. Entonces se avanzó lentamente hácia los animales, que reposaban tranquilos, y apenas el arponero hubo clavado su instrumento en uno, los hombres que se hallaban en la ribera

tiraron de la cuerda fuertemente, mientras que los de la canoa acosaban al animal á cuchilladas y bayonetazos, hasta que, debilitado por la pérdida de sangre, fué sacado á la orilla y atado durante la alta marea. El reflujo le dejó en seco, y entonces se le descuartizó; llevóse la carne y la grasa á nuestra vivienda; se puso la primera en grandes toneles, y se suspendió la segunda en unas altas vigas. De este modo tuvimos alimento en abundancia y nos fué posible continuar la construcción del buque que debía salvarnos.»

En estos términos comienza Steller su descripción del ritino boreal ó *vaca de mar*, segun le llama el ilustre viajero, quien observó el animal en noviembre de 1741, con motivo de haber embarrancado su buque en la isla de Behring, desconocida aun, donde pasó diez tristes meses. Es de creer que haya desaparecido completamente este curioso mamífero marino, pues veintisiete años despues de Steller se dió muerte al úl-

timo. Cierta es que mas tarde se ha encontrado, ora un cráneo, bien una placa palatina ó algunos huesos del esqueleto; mas no se ha vuelto á ver ningun individuo vivo.

Seducidos por las lucrativas promesas de la Sociedad rusa de descubrimientos, los pescadores de ballenas y los aventureros se lanzaron en masa al mar de Behring, é hicieron tal carnicería en aquellos pacíficos animales, que bien pronto desaparecieron del número de los seres vivientes. Hiciéronse despues inútiles esfuerzos para encontrar uno de estos animales; dióse aviso á todos los buques que se hacían á la vela para aquellas regiones; pero ninguno pudo encontrar vestigios de dichos seres.

CARACTÉRES.—Steller opina que la especie descrita por él con el nombre de *vaca de mar* es el manato descubierto por Hernandez; pero resulta evidentemente de su descripción, que es un animal del todo distinto de las sirenas cono-



Fig. 1312.—EL MANATI AUSTRAL

cidas hasta entonces. En vez de los dientes, segun hemos dicho ya, veíanse en la mandíbula cuatro placas adheridas tan solo á las encías, carácter suficiente para reconocer el animal. Como quiera que sea, dejaremos la palabra á Steller, único naturalista que le ha descrito.

«Los mayores de estos animales, dice, miden de 4 á 5 brazas, ó sea de 8 á 10 metros de largo, por un cuarto de braza de circunferencia por lo mas grueso, cerca del ombligo; la parte anterior del cuerpo, desde dicho punto, recuerda la forma de las focas; la posterior se asemeja mas á la de los peces. El esqueleto de la cabeza difiere poco del que examinamos en el caballo; pero cuando no ha desaparecido aun la piel y la carne, es una cabeza de búfalo. En la boca se ven, en vez de dientes, dos huesos anchos, prolongados, lisos, flexibles y unidos, uno en el paladar, el otro en la mandíbula inferior. En los dos hay surcos y numerosas asperezas entrecortadas, de las cuales se sirve el animal para triturar las plantas de que se alimenta. Los labios están cubiertos de muchas cerdas fuertes; las de la mandíbula inferior tienen el grueso de una pluma de gallina, en cuya cavidad central se reconoce fácilmente la estructura de los pelos; los ojos no son mas grandes que los del carnero y carecen de párpados. La abertura del conducto auditivo es pequeña y está oculta de tal modo, que no se puede encontrar en medio de los pliegues y rugosidades de la piel; es preciso para ello desollar la cabeza, en cuyo caso se distingue por su color negro

brillante: su diámetro es el de un garbanzo; no se halla vestigio alguno de pabellón en la oreja.

»La cabeza está unida sin transición al cuerpo por un cuello corto: las extremidades anteriores tienen dos articulaciones; su extremidad se asemeja un poco al pié del caballo, y están cubiertas en su parte inferior de pelos numerosos, rígidos y compactos como los de un cepillo. No se pueden reconocer los dedos y las uñas: el animal se sirve de sus patas para nadar y coger las plantas marinas; debajo de aquellas están las mamas, en forma de senos, provistas de pezones negros y rugosos, de 0^m,05 de largo, en los cuales convergen innumerables conductos lactíferos. Cuando se oprimen fuertemente los pezones sale en gran cantidad una leche mas dulce y espesa que la de los mamíferos terrestres. El lomo de estos animales se asemeja al del buey; los costados son redondos y prolongados; el vientre redondeado y tirante, hasta el punto de que á la menor herida salen los intestinos produciendo un silbido. A partir de los órganos genitales se va estrechando el animal rápidamente; la cola termina por una aleta que reemplaza á las patas posteriores; muy delgada, proporcionalmente con el resto del cuerpo, tiene no obstante dos piés (0^m,66) de ancho en su nacimiento. Este sér no tiene aleta dorsal, lo cual le distingue de las ballenas; la caudal es horizontal como la de los delfines y las ballenas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Estos ani-